

## ART E

### II SALÓN DE PRIMAVERA EN EL ATENEO

En el catálogo de las obras expuestas en este II Salón de Primavera figura una nota aclaratoria del Jurado de admisión y calificación de las obras expuestas en el mismo, informando tanto a los que han concurrido a la Exposición como a los simples visitantes, que en la admisión de los trabajos ha procedido con un criterio amplio.

Semejante actitud que creeríamos perjudicial tratándose de exposiciones individualistas, en las que sostenemos ha de adoptarse una posición de absoluto rigorismo, nos parece acertada ante una manifestación conjunta, donde en opinión nuestra, cabe cuanto muestre certeros atisbos y sea fecunda promesa de arte.

A tono con tal criterio y con la diversidad de autores, los trabajos expuestos en este Salón son muy variados. Varios por la inspiración, por las tendencias, por el asunto y hasta por los recursos de los autores. Personales algunas, de una extraordinaria fuerza autodidacta; con influencia otras, que restan brillantez al sujeto; pero evidenciando todas una decidida vocación y el anhelo, aún a veces entre la nebulosa de cierta inseguridad, de realizar la obra bien hecha.

No cabe duda que sobresale de toda la obra expuesta la de Gabriel Florit. Hemos de confesar que no conocíamos nada de este pintor, el cual se nos revela como una realidad más que como una promesa. Los cuadros con que concurre al Salón del Ateneo, especialmente el titulado «Es Torrent», acreditan un dominio y una seguridad esplendorosas. Sabe elegir el motivo y lo reviste de gracia en tal manera que ninguno de los menores detalles deja que pase desapercibido al espectador. Y sobre todo, sigue la senda exacta. No olvida la lección de Ingres y dibuja—lo prueba el «retrato» al lápiz—con singular acierto.

Angel de Diego deja traslucir en sus cuadros que es hombre de vasta cultura y que conoce los mejores Museos. Tal vez se ha encariñado con determinados pintores o cuadros y la influencia de éstos le hace plasmar sus obras con elementos diferentes, probablemente ansioso de hallar una fórmula adecuada a su sentir personal. El cual donde aparece más vigoroso y completo, de una mayor emotividad, es en el retrato «Mi abuelo», en cuyo fondo el paisaje de Avila presta una vibración extraordinaria al busto estudiado y resuelto con amoroso cuidado.

Más meditado, menos fogoso, con la serenidad que dan los años, Avelino Verdaguer compone sus bodegones alejado de los apremios aventureros. Le preocupa si acaso el realismo pero no sin una fina calidad. El que lleva el número 40 de la exposición es de una factura irreprochable, lo que no es óbice para que no resalten detalles de los restantes, como por ejemplo la magnífica concepción de la tela que ornamenta el número 39.

Participando de las inquietudes de los primeros, Rafael Pons Sans tantea para dar forma concreta a su ambición artística. En «Atardecer» ensaya los grises que tan gentilmente maneja Archie Gittes; en «Viernes Santo» nos recuerda a Puget. Sin embargo, se desliga de influencias y acusa una recia personalidad en «Puerto de Mahón», obra la más genuina y donde revela toda la extensión de su noble inquietud.

Las citas anteriores no excluyen valores en las obras restan-

tes. Las aportaciones de Gaspar Aguiló, Manuel Nieto, Miguel Adrover, Fernández Oviedo, Marcelo Carreras, Francisco Pérez Fa, Andrés Moll y Antonio Pons Tudurí, acusan méritos aislados cuyo estudio requeriría dar excesiva extensión a estas notas. Pero no queremos dejar de mencionar el especial interés con que hemos visto los ensayos de Gómez Montoya y la excelencia de los dibujos de Ignacio Hernández, magnífico de creación y con méritos excepcionales para clasificarse como un valioso ilustrador.

(Del diario «MENORCA»).